

CORRUPCIÓN Y CONVERSIÓN PERSONAL E INSTITUCIONAL Y QUIMERA MORAL

El hombre moderno, por su ofuscación melindrosa, fruto de un estado educador que ha perpetrado o dejado perpetrar la corrupción de las mentes, ha quedado sin la evidencia de la quimera moral que pertenece al alma del alma humana.

En lugar de esa quimera que se identifica realmente con la providencia divina, -y también con la llamada ley natural como incluida en la misma Divinidad-, en su lugar -digo- le han dejado unas cuantas palabras mágicas y vacías de totalidad, son trozos: libertad, igualdad, revolución, comunismo, socialismo, y al fin, antojo puro y anómalo.

Ante semejante perversión en la que nacen y crecen las almas de las sociedades opulentas encorsetadas, sumidas en un túnel, lo que deviene es un deslizamiento progresivo entre abismos y barrancos. Por esto mismo, no hay marcha atrás.

La marcha atrás sólo puede venir de la quimera moral, de la ley natural (la más plural de las leyes y la más abierta y flexible), y del buen sentido.

Como el hombre de las sociedades sedicentes modernas está sin alma católica, o con alma católica pervertida, no tiene sentido, ni puede tenerlo, de la universalidad moral. De este modo el mundo sigue sembrando granadas.

Como tampoco hay prácticamente ningún estado que tenga esta visión, y además se considera como dueño y juez supremo de la educación, es por lo que el mundo está en vías progresivas de desintegración.

Todas las guerras modernas tienen un origen revolucionario: protestantismos y socialismos y la masonería. Son simples apostasías, ateismos, cismas, egolatrías. El comunismo tiene en su haber 100 millones de muertos, pero sigue luciendo con magia diabólica. El comunismo tiene licencia universal para matar porque lo hace siempre contra la maldad: él es la bondad. Son revoluciones con una quimera sin universalidad, no providencial.

Cada causa tiene su efecto: mientras el estado no se identifique con la moral, o al menos -y sería mejor- que permita que eduquen los que sí tienen convicciones, no hay esperanza, más bien hay motivos para la desesperación.

Los estados del mundo son -en este aspecto- totalitarios. ¡Qué dejen de una vez libertad para la educación gratuita! ¡Que se retiren! ¡Qué terminen con toda libertad de expresión al margen de la moral, al margen de la justicia! ¡Que persigan los medios públicos de corrupción de forma despiadada! ¡Qué se guíen por el bien (que es plural), por la justicia (que es lo mismo) y que sólo acepten la libertad en lo justo, verdadero y lícito! Pues no lo hacen. Por eso es estado ha de ser destruido por su malignidad en la que está asentado. ¿Por qué? Porque es culpable de infinidad de males, de crímenes. El Estado pervierte a los ciudadanos y después los persiguen y encarcela. A quien hay que encarcelar es al mismísimo estado.

Los vicios cogen fuerza y lo anegan todo.

“Después que ocupada por la fuerza de armas la república por Lucio Sila, tuvieron los buenos principios tan desastrado fin, todo fueron robos y violencias; unos codiciaban las casas, otros las heredades ajenas; y sin templanza ni moderación alguna los vencedores ejecutaban feos y horribles crueldades en sus conciudadanos. Contribuyó también a esto el haber Lucio Sila, contra la costumbre de los mayores, tratado con demasiada

indulgencia y regalo al ejército que había mandado en Asia a fin de tenerle a su devoción. Los países deleitosos y amenos, junto con el ocio, hicieron muy en breve deponer a los soldados su ánimo feroz. Allí se vio por primera vez el ejército del pueblo romano entregado a la embriaguez y a la lascivia; allí comenzó a admirar el primor de las estatuas, pinturas y vasos historiados, y a robarlos a los particulares y al público; allí a despojar templos y a contaminar lo sagrado y lo profano. En conclusión, estos soldados, después que obtuvieron la victoria, no dejaron cosa alguna a los vencidos. Porque si en la prosperidad, aun los cuerdos difícilmente se moderan, ¿cuánto menos se contendrían unos vencedores de costumbres perdidas?"